

2° Premio - Silvia Graciela López de Gral. Pico

“Cada uno es su propio viaje y, por eso, cada quien tiene que hacer su propio camino. Pero me gusta pensar que la sabiduría de los que nos preceden es como un faro: ellos nos guían desde la costa de la experiencia cuando la cosa se pone oscura.” Fragmento de “Los días se volvieron ceniza” de Nina Ferrari.

1er Concurso de relatos para personas mayores – 2022

“Te cuento que antes nada se tiraba”

Organizada por ISS-DAFAS

“Te cuento que antes nada se tiraba”

Me encuentro caminando por un sendero lleno de flores, es octubre. Se respira un aroma de verde vegetal que contagia deseos de vida.

Al pasar por una vereda, veo a una niña; está jugando con una caja de cartón, observo cómo recorta de otra caja, círculos –son como cuatro o cinco- los pinta, los perfora en el medio, y con ramas de árboles, despojadas de sus hojas, les hace ejes. Una vez establecidas las ruedas, empuja y la caja ensaya un movimiento tambaleante, cae de tanto en tanto, pero ella, la vuelve a levantar, y avanza con su carro improvisado, llevándolo de tiro.

Mi pensamiento va y viene desplazándose en varios planos. Tambalea por momentos, como la caja, hasta que comprendo que pasado y presente, se superponen dentro de mí.

Entiendo que, si bien no es posible detener al tiempo, puesto que he nacido en él, me es posible, sin embargo, confundirme en su línea, reconstruirlo, reconstruirme, y ver a través de los años su evolución en espiral, que me confirma, que todo tiempo pasado imprime rastros de huellas que son anclaje para tiempos nuevos.

Esas mismas huellas nos identifican como seres en relación al mundo que nos contiene, a los objetos que usamos, a los alimentos que consumimos, en definitiva, en relación a nuestros semejantes, al suelo, al agua, a los animales, a los pájaros, a los árboles, a la tierra toda.

Pero entrar en esta visualización mental, no me libera de nada, por el contrario, me comprometo ante la responsabilidad de ser portadora de un mensaje que implica alguna transmisión cultural, cualquiera sea la forma en que esta, se logre concretar.

Para esta misión, es preciso apelar al recuerdo: y es mi pensamiento el que me traslada para situarme ahora a fines de la década de los años 50, tal vez, en el comienzo de los 60.

Nuestra casa está en un pueblo situado al noreste de la Provincia de La Pampa, en el Departamento de Chapaleufu.

Así, llego al inmenso patio de mi casa, veo la huerta de mis padres, las dos plantas de níspero, los paraísos, el limonero, los tilos, y los frutos maduros que recogemos del suelo, mientras muchos pájaros hacen coro en el jacaranda. Un intenso olor a mermelada viene de la cocina y pone en alerta a mis sentidos. Inevitablemente, también hay pan tostado.

Como todos los años, mi nonna Ana esta, por algunas semanas, de visita en casa. Es bajita, inquieta, tiene el cabello rizado que recoge a un costado de su cabeza con una peineta incrustada con perlas, su peinado me deslumbra, la imito.

Cada semana, hacemos jabón con aceite reciclado, la nonna dice que el aceite usado, si se arroja al suelo, altera la tierra y es el causante del aumento de plagas o de la alteración del equilibrio ecológico.

El método es más o menos así: El aceite se filtra varias veces para librarlo de cualquier resto de material o residuo de alimentos y se calcula el volumen en una jarrita medidora de vidrio. Ella se pone guantes y las gafas de soldar de papa, y en estas condiciones le agrega la sosa cáustica disuelta en agua, una vez hecho esto dice: -ya pasó el peligro- se quita las gafas, pero no los guantes, luego mezcla batiendo por un tiempo prolongado. La preparación, solidifica en breve y queda lista para disponerla en moldes de madera, se deja cubierta con un lienzo, entre treinta y cuarenta días, y ya está el jabón producto de esta fantástica práctica de química artesanal.

A veces, la nonna experimenta más allá. Funde la cera de abejas, - la misma que nos trae junto con la miel, Pedro, el de las colmenas- a la cera le agrega cucharaditas del aceite usado muy filtrado, y deja enfriar: Ahora-dice- ¡unas gotas de agua colonia para aromatizar y listo! -, así, tenemos la mejor de las cremas suavizante para manos.

También, es costumbre, hacer huerta para consumo familiar: Otro de los largos pasatiempos. ¡Cuánto placer da el hundir las manos en la tierra! Sembrar las semillas cada temporada, las mismas que se obtienen como producto del consumo de años anteriores, haciendo un círculo virtuoso y sanador para la tierra y para la alimentación.

Los desechos orgánicos que surgen de aquí, así como las cáscaras, vuelven a la tierra, en un pozo destinado a tal fin. Todo es útil para enriquecer el suelo, las cáscaras molidas de los huevos, el guano proveniente de las aves, el aserrín de la madera, los restos vegetales, las hojas secas del otoño.

Por las tardecitas, se destejen prendas. Quienes tejemos – dice mi nonna- sabemos que un proceso adicional de esta tarea, es destejer, lavar, acondicionar la lana para volver utilizarla.

La mayoría de los productos de almacén, se venden sueltos. Para los líquidos, como por ejemplo el aceite, se llevan botellas de vidrio que se lavan una vez vacías, y así se vuelven a reusar.

Para los sólidos, se utiliza papel de periódicos o de estraza, este último es un tipo de papel que proviene de la pulpa de la madera. Con estos papeles, se hacen cucuruchos donde se colocan los alimentos sólidos, tales como harina, azúcar, yerba, fideos, y se cierran en forma manual con un tipo de enrolladito (al que se le llama “orejas”) situado a ambos lados de los bordes superiores del cucurucho o paquete.

Es costumbre también utilizar las latas vacías de dulce de membrillo o batata, para hornear los panes caseros y las tortas de los domingos.

Asimismo, se reutilizan las cubiertas de automóviles en desuso para comederos de las gallinas, o también para macetas y para delimitar canteros.

Con metal, restos de géneros, estopa, lanas, cartón, hilos, y el mismo papel de los almacenes, con engrudo elaborado con agua y harina- que hace las veces de pegamento- imagino y armo mis juguetes.

He comenzado a regresar por el mismo sendero donde inicié el recorrido. Anochece, es octubre, la suave brisa está cargada del aroma que se evapora de los vegetales y que el aire se ocupa de difundir. Quizá los cambios de temperatura, profundizan este fenómeno que la naturaleza brinda. Es un momento pleno.

Yace la caja de cartón en la misma vereda por la que estoy de regreso. Tiene ruedas pintadas, y en el centro de ellas, agujeros, por donde pasan los ejes hechos de ramitas de plantas despojadas de sus hojas. Apenas la toco, avanza, tambaleante junto a mis pensamientos. Va marcando huellas, y se que ellas son siempre punto de partida para iluminar lo que el tiempo promete.